

—individuo, empresa—en el ámbito del Estado, “amigo de todos, enemigo de nadie”, pero que marca la pauta, la tendencia económico-estatal.

Dos principios contrapuestos destaca el autor en el tiempo y en el espacio: libertad y dirección. Todavía no se ha podido asignar el triunfo a ninguna de las dos tendencias, aunque podamos afirmar que, en la actualidad, toda la economía de las naciones es dirigida, dejando un mayor o menor margen de libertad, según las exigencias del momento, dando lugar a los llamados períodos de ciclos de libertad, que se dan lo mismo, como destaca el autor, en la Unión Soviética que en los Estados Unidos o Inglaterra. En Francia, una gran parte de la acción económica, procede del poder ejecutivo que actúa utilizando diversos resortes; un Decreto puede, dice Alfred Sauvy, modificar la marcha de los negocios, pero por sí solo no es suficiente para un resultado determinado, por influir otros factores, tales como el celo del funcionario encargado de la aplicación del precepto legal, su competencia o ineptitud, o el simple deseo de popularidad a la que supedita el resultado económico.

La difícilísima actuación del sociólogo es básica. Estudia el hecho humano y su impacto social; analiza los síntomas, los efectos reflejos, comprueba para formular un diagnóstico con la minuciosidad de un médico ante una enfermedad; pero la observación de los síntomas ha de ser cuidadosa, pues, de lo contrario, cualquier especialista erraría. Esta comparación de las alteraciones biológicas y sociales es desenvuelta por el autor, destacando, comparativamente, la diferencia entre la Sociología y las ciencias naturales, para afirmar que en la primera nada es seguro ni duradero, ya que el fenómeno social evoluciona al mismo ritmo de la vida humana.

Estudiando la medida de los hechos económicos y sociales, el autor considera al sujeto que observa y los fenómenos observados, destacando la importancia de la atención sagaz, de la selección de los hechos, de la labor estadística y de la menor posibilidad de error cuanto mayor es el número de hechos seleccio-

nados; es evidente la importancia de la capacidad psicológica del observador.

Otro punto tratado en la obra que nos ocupa es la llamada “óptica social” para estudiar las reglas que presiden la desviación de la opinión pública. La información del hombre de la calle es importante para formar la opinión; ésta es consecuencia, muchas veces, de una información deformada y la sagacidad del sociólogo estriba en captar la realidad a través de la deformación, del mito, teniendo siempre que contentarnos con resultados negativos.

La segunda parte de la obra se dedica a estudiar los fenómenos en concreto y sus resultados, y en la tercera, las soluciones a algunos problemas planteados, fluctuando entre las de matiz liberal, socialista o fascista, advirtiendo que ninguna tendencia está exenta de ventajas e inconvenientes, siendo unas u otras aconsejables según las circunstancias políticas o sociales del momento.

La falta de espacio nos impide tratar con mayor detalle los múltiples puntos del reflexivo análisis que plantea el autor en su obra amena e interesante.

VIDAL FRANCES

*INDUSTRIAL PSYCHOLOGY. Editado por Charles S. Myers. Oxford. University Press. Londres, 1954. 252 páginas.*

El presente libro consta de doce ensayos, con unidad propia, que giran en torno a un tema central: Sociología Industrial. Sus autores son o han sido miembros del “Instituto Nacional de Sociología Industrial”.

En el prólogo se nos dice, breve y sencillamente, el propósito de esta obra. “Este libro ha sido escrito por unos investigadores jóvenes que han pasado varios años, ininterrumpidamente, en íntimo contacto con obreros y patronos, trabajando en fábricas, minas, oficinas y talleres. Es el fruto de su primera experiencia...”

Uno de los capítulos esenciales, y en el que está fundamentada toda la obra, es el IX: “Elección de profesión”. Sería de desear que la ocupación de cada hombre estuviera de acuerdo con sus facultades naturales, pues en este caso, aun

cuando el trabajo se considere como un mal, siempre nos reportaría algún beneficio. Los efectos de una mala elección se ven palpables en el esquema producción-consumo, conduce al tedio y aburrimiento y, finalmente, es una de las causas de las crisis neuróticas.

Han sido unas ligeras divagaciones de Angus Macrae, autor de este capítulo, que con estilo ágil y conciso nos han introducido en el tema central. La falta de vocación en ciertos sujetos para el trabajo que realizan sirve de base a la disminución de la felicidad. "Every man in his right vocation"; este podía ser el principio de toda sociedad, consiguiéndose la reducción de la miseria humana y aumento de la economía. Los descontentos, advenedizos y malos injertos que da a luz diariamente la sociedad tenderían a desaparecer. Vocación es palabra para llenar una vida. Tanto valor tiene el que hace, vocacionalmente, una escoba como el que dirige los destinos de una nación. Cierta persona hace vocacionalmente un oficio, "significa—dice don José Ortega y Gasset—que toma su oficio", de una peculiar manera. Es grave cosa en el hombre esta cuestión de su oficio. Porque "oficio" es nada menos que aquella ocupación a que dedicamos la porción mayor y mejor de nuestra vida. ¡Imaginarse cuál será el cúmulo de influjos que se ejercitan sobre nosotros para resolvernos a adoptar un oficio y mantenernos en él! Es una de las grandes decisiones y, por tanto, de las más íntimas y personales. Sería inconcebible, pues, que esa resolución no tuviese un perfil también individualísimo. Lo que pasa es que los "oficios" son propiamente figurines o figurones sociales, con carácter, como todo lo social, genérico, típico y tópicos, que encontramos establecidos al modo de instituciones—lo que en efecto son—dentro de la sociedad a la que pertenecemos, como en el escaparate de un sastre los diversos uniformes. Al comenzar la vida vemos agitarse ante nosotros el sacerdote, el militar, el intelectual, el comerciante, el pintor, el ladrón, el verdugo. Cuando decidimos ser una de esas cosas lo hacemos siempre corrigiendo el esquema genérico de esas figuras sociales según nuestra individual vocación. Na-

die, como no sea un caso extremo de vulgaridad, quiere ser médico así en abstracto y según el esquema tópicos que esa figura pública representa, sino médico de una cierta singular manera". Esta cita, un poco extensa, de don José Ortega y Gasset, no sólo nos resume, maravillosamente, todo el ensayo de A. Macrae, sobre el que gravita toda la obra, sino que además nos servirá, posteriormente para aclarar ciertos puntos.

No entiendo por qué actualmente se pretende ir en contra del hombre especializado. La técnica no tiene la culpa. No conviene cargar sus espaldas con sambenitos absurdos. La raíz de todo mal presente radica en los grupos "avocacionales". Ellos son los que han minado los sistemas de valores. Han salpicado el mundo de una angustia que nos oprime, "ya no es el miedo a un objeto concreto, sino a un punto indefinido que actúa en todos y en cualquier momento".

La palabra vocación ha sido reducida al aspecto religioso, ha sido planificada, castrada. Y por lo tanto, actualmente, "the only man in his right vocation is the religious one", los demás seremos absurdos, incoherentes, exentos de todo principio, la nada.

En Londres, a las cuatro quince de la tarde, se puede entablar diálogo con cualquier chico que salga de la "elementary school"; tendrá catorce o quince años y responderá que se pondrá a trabajar al año siguiente. A esta edad se escoge, por regla general, el trabajo que está de acuerdo con la constitución emocional. ¿A cuántos de nosotros no nos habría gustado ser, a dicha edad, aviadores, propietarios de una librería o tener una confitería? Y todo porque un día vimos en el cine a "un héroe multitudinario de la infancia" derribar una escuadrilla, o porque nos gustaban esos libros de aventuras que no nos compraban en casa o quizá porque las chocolatinas eran nuestro punto flaco... ¿Los resultados que se obtienen son buenos o malos? Frecuentemente los chicos están incapacitados para decidirse por tal o cual carrera; son los padres o maestros quienes les fuerzan y persuaden a alterar sus planes.

En Inglaterra, concretamente, existe un tanto por ciento elevadísimo de chicos y chicas que a los dieciséis años están trabajando. Viven independientemente de sus padres. ¿Que estudiar una carrera universitaria en Eton, Oxford, Cambridge..., resulta carísimo? ¿Que se gana más engolfándose en la industria que con un título de cualquiera de estas Universidades?

En España existe un tanto por ciento elevadísimo de chicos y chicas que a los dieciséis años están estudiando en las Universidades de la Península. ¿Han influido, acaso, los padres aconsejándoles por lucro? ¿O porque ellos estudiaron lo mismo o porque creen mejorar de nivel social? En una ciudad del Norte de España existe un comerciante que tiene varias carbonerías. Su negocio es importante. Un día tuve la suerte de conocerle y me dijo: "Tengo a mis dos hijos estudiando. Cuando acaben no se dedicarán a la carrera, continuarán con el negocio, pero, sabe, mejoran de nivel social". Las sociedades que rezuman un puritanismo absurdo fundamentado en la hipocresía, están condenadas a morir. Es necesario que volvamos mientes sobre las palabras de don José Ortega y Gasset, que las meditemos y las tengamos grabadas en nuestra mente con caracteres de hierro. Desechemos tópicos, absurdos la mayoría de las veces, y busquemos nuestro guía y camino. Obrando tú, yo y todos nosotros conformes a lo que creemos que es la verdad, ¿quién nos podrá decir que estamos fuera de ella? "Every man in his right vocation".

El libro está enriquecido con ocho gráficos interesantes; todo él está lleno de un espíritu crítico y analizador, ejemplos sencillos y de fácil asimilación, profunda observación en todos los que en él colaboran, conteniendo al final una interesante bibliografía para los que quieran profundizar en materias determinadas. Como punto final conviene resaltar que a medida que se avanza en la lectura se vé una constante en estos "jóvenes investigadores": profundo amor a la verdad, desprendimiento y deseo de ayudar a la sociedad.

XAVIER SANCHEZ RAMIREZ

PASCAL ARRIGHI: "*Le statut des partis politiques*". *Librerie Générale de Droit et de Jurisprudence. Paris.* 1948. 65 páginas.

He aquí un libro más en la abundante bibliografía aparecida sobre los partidos políticos. Se trata de un estudio condensado, con algunas sugerencias interesantes.

El autor entiende por estatutos los reglamentos con fuerza de ley que regulan el funcionamiento de los partidos. Estos caracterizan a los partidos de los diversos Estados. Así, en su libro asistimos a un verdadero proceso de desarrollo de los estatutos, desde su nacimiento hasta el momento actual.

En este librito el autor hace una exposición de los partidos occidentales como órganos sobre los que descansa la democracia.

Es obvio que allí donde se manifieste el humano vivir existe disparidad. Mas no en absoluto. Por el contrario, las opiniones de los hombres coinciden en muchos puntos comunes. Esta coincidencia integra a los hombres en torno a ciertos propósitos y a ciertos fines. Y los hombres, de esta manera predispuestos, se asocian para lograr estos objetivos formando los partidos políticos.

Arrighi niega que los partidos surgieran por primera vez en nuestra época. Antes bien, se trata de hacérselos patentes en el Renacimiento, Roma y Grecia. Pero creemos que al hacer esta afirmación comete una notable imprecisión, ya que más bien a los partidos de esas épocas podríamos considerarlos como facciones.

En su "Filosofía de la Historia Universal" —como ya es sabido—, Hegel dice que ésta es la manifestación del Espíritu. Concibe que la esencia del Espíritu es la libertad que va alcanzándose penosamente en el proceso de la Historia. La Revolución Francesa, elevando a dogma la libertad, la consagra definitivamente: libertad de todos los hombres ante la ley, libertad de pensamiento y libertad de expresión. La cual distingue, cabalmente, a nuestra democracia moderna y sus órganos sustentadores los partidos, por medio de los cuales se manifiesta la libertad individual en la formación de la voluntad estatal.